

El escenario de la Reconquista: Abamia

Constantino Cabal

Se llega a Corao; se llama a la casa del señor cura párroco... Sale él. Es un señor cura párroco todo amabilidad y discreción. Y hay que hablar con él, cuando se llega a Corao, primero, porque merece la pena, y después, porque él tiene la llave de la iglesia de Abamia.

Ya está... Se sigue el camino. Un puentecillo. Una cuesta. Dos rapaces que discuten:

—¡Qué vas tú a coger cereces!... ¡Eso lo dices tú de farolón..!

—¡Mecachis, de farolón! ... ¡Y de tantes como comí en el árbol el otro día, non pude bajarme de él...!

El *camín*, es largo y fatigoso. Los árboles del monte le ensombrecen. Y al cabo, aparece la iglesia de Abamia. Nosotros recordamos un cantar que dice de esta manera:

—Xunto a la Iglesia de Abamia,
amores nunca los quise,
porque tienen una mancha
que no hay xabón que la quite...

Los vecinos de Abamia son todos gente honradísima, de fe arraigada y sangre cristiana vieja.

La iglesia se levanta en un montículo; este montículo es artificial, como el de la capilla de Santa Cruz de Cangas. Y nosotros suponemos que la iglesia de Abamia está construida sobre un dolmen, como la capilla de Santa Cruz. Actualmente, esta iglesia es una ruina: parece que pasaron por ella una turba de radicales...

Tiene dos puertas. La primitiva es famosa. En la piedra amarillenta de su arco, un buril tosco y piadoso quiso grabar el infierno. Y grabó cajas de muerto, y calaveras, y esqueletos, y diablos. Un diablo asa a un hombre en una caldera; otro arrastra a otro hombre por los pelos... Y el buril tosco y piadoso tenía trazos terribles y potentes, y supo reflejar en este arco un poco de terror de pesadilla. En un prado contiguo a la iglesia, trabaja un labrantín. Es hombre viejo y amable. Nosotros le preguntamos la significación de este bajo-relieve. Y nos dice:

—Lo mandó hacer Don Pelayo.. Y ese hombre que se lleva el demonio por los pelos, es el obispo Don Oppas...

—Pero ¿cómo?... ¿Don Oppas...?

—Sí, señor... A don Oppas mandó Don Pelayo tirarle desde un pico, y no llegó al suelo, porque se lo llevaron los demonios...

Y este pobre labrantín pone, saña y aversión en sus palabras; como si todavía le pareciera, poco castigo para el obispo traidor el que le hubieran mandado despeñar, y el que hubiera ido a caer en una caldera del infierno...

Las paredes de la iglesia están resquebrajadas; las techumbres, hundidas; el pavimento, deshecho; el coro destrozado; los confesonarios derribados... En el centro de la iglesia hay montones de piedras y de tablas, de ortigas y de hierbas. Falta el altar. Sobre el retablo cantan los pajaritos... ¡Y esta ha sido la iglesia más augusta y de más valor histórico de España!... La única que se conserva del tiempo en que Don Pelayo reunía sus huestes en los montes, y esperaba en Covadonga la llegada de los moros. En esta iglesia, estuvo su sepulcro. En esta iglesia, estuvo el de su esposa. Y antaño, para llegar a esta iglesia,

los labradores se juntaban en grupos, y traían chuzos y estoques, y se defendían con ellos de las manadas de lobos.

La lápida que cubre el sepulcro de Doña Gaudiosa, es reciente: acaso de los tiempos de don Carlos III, en que se restauró la iglesia y se colocó el retablo actual. En este retablo, dice una inscripción: “Reinando el señor don Carlos III se hizo esta obra: fueron comisarios para ella los señores don Fernando Noriega, don Francisco García y don Bernardo de Cangas...” Sobre el arco del hueco principal de este retablo, aparece don Pelayo, a caballo, con cuatro guerreros. Llevan escudos. Alzan un estandarte y una cruz. Son esculturas medianas. En el fondo, se ve a los asturianos que corren a iniciar la reconquista. Y a otra parte, se ve un trozo de la lucha: dos asturianos que deshacen un ejército de moros. Volvamos al sepulcro de la reina: en él hay esta inscripción:

Heic jacet regina Gaudiosa, uxor R. Pelagii

En el sepulcro del rey no hay inscripción ninguna. Lo cubre una piedra basta; sobre ella está labrado bastamente un espadón. Esta debe ser la misma piedra que colocaron los cristianos del siglo VIII sobre el cuerpo de don Pelayo. Actualmente, está partida en dos trozos. Pero el lucillo en que aparece esta piedra esconde un secreto: porque esta piedra no tapa hueco ninguno. Bajo ella, no hay ninguna cavidad: hay un bloque enorme, de metro y medio de largo, que se entra por la pared. Y he aquí que ahora, este bloque de que no se sabía nada, plantea un problema gravísimo...

Nosotros procuraremos resolverlo.

CABAL, Constantino, “El escenario de la Reconquista: Abamia”, artículo publicado en la Revista *Asturias*, La Habana (Cuba), año II, núm. 58, de 5 de septiembre de 1915. Gentileza de la *Fundación Belenos*.